



Antonio Machado (1875-1939)

Hablar de la obra Antonio Machado es muy probablemente hablar de la poesía que más influencia ha tenido en la historia literaria del siglo XX en España. *Soledades. Galerías y otros poemas* (1902-1907) se enmarca en la relevante corriente modernista que se desarrolló con el advenimiento del nuevo siglo tras la estela de Rubén Darío y de buena parte de la poesía europea de la época (Verlaine, por ejemplo). Hablamos de un libro con claros tintes simbolistas cuyas temáticas orillan «los vínculos paradójicos que conectan pasado, presente y futuro, y la búsqueda de la autenticidad, que es distinta a la «esencialidad y temporalidad» (Rodríguez García, 2009: 139). Quizás, ese carácter simbolista, que hace de *Soledades* un poemario más introspectivo y, hasta cierto punto, alejado de la realidad material, inmediata e histórica, es lo que dificulta la inclusión de la temática medieval, únicamente visible en el poema «Glosa», que se abre con los famosos versos de la tercera copla de Jorge Manrique y reclama, después, el magisterio del poeta palentino. El tránsito hacia *Campos de Castilla* sustituye el «narcisismo» y la «interioridad romántica» del primer Machado por «la alteridad histórica» de Soria (Borsó, 2007: 395-398). En los versos que focalizan en el paisaje soriano, como los «A orillas del Duero», «Orillas del Duero» o «Soria fría, Soria pura...», aparecen, respectivamente, referencias al Cid y a Alfonso VI, al romancero y, finalmente, a los castillos y murallas de las orillas del río. «Desde mi rincón», un elogio al libro *Castilla* de Azorín y, a su vez, un recorrido por las tierras castellanas, está salpicado por referencias al *Libro del buen amor*, a Juan Ruiz, a Celestina o a Amadís de Gaula, que, junto al resto de elementos del poema, intentan despertar una España sumida todavía en el desastre noventayochista: «Para salvar la nueva epifanía / hay que acudir, ya es hora, / con el hacha y el fuego al nuevo día». Por su parte, si Jorge Manrique había sido el protagonista de los versos de «Glosa», Gonzalo de Berceo lo será de «Mis poetas», composición repleta de intertextualidades, a caballo entre un *ars poética* y una loa, en la que Machado reclama y alaba la sencillez berceana: «Su verso es dulce y grave; monótonas hileras / de chopos invernales en donde nada brilla».

Glosa

*Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar,*

que es el morir.¹¹⁶ ¡Gran cantar!
Entre los poetas míos
tiene Manrique un altar.
Dulce goce de vivir:
mala ciencia del pasar,
ciego huir a la mar.
Tras el pavor de morir
está el placer de llegar.
¡Gran placer!
Mas ¿y el horror de volver?
¡Gran pesar!

(*Soledades, Galerías y otros poemas*, 1899-1907;
extraído de *Obras completas I*, 2005, p. 470)

A orillas del Duero

Mediaba el mes de julio. Era un hermoso día.
Yo, solo, por las quiebras del pedregal subía,
buscando los recodos de sombra, lentamente.
A trechos me paraba para enjugar mi frente
y dar algún respiro al pecho jadeante;
o bien, ahincando el paso, el cuerpo hacia adelante
y hacia la mano diestra vencido y apoyado
en un bastón, a guisa de pastoril cayado,
trepaba por los cerros que habitan las rapaces
aves de altura, hollando las hierbas montaraces
de fuerte olor –romero, tomillo, salvia, espliego–.
Sobre los agrios campos caía un sol de fuego.
Un buitre de anchas alas con majestuoso vuelo
cruzaba solitario el puro azul del cielo.
Yo divisaba, lejos, un monte alto y agudo,
y una redonda loma cual recamado escudo,
y cárdenos alcores sobre la parda tierra
–harapos esparcidos de un viejo arnés de guerra–,
las serrezuelas calvas por donde tuerce el Duero
para formar la corva ballesta de un arquero

116. Primeros versos de la tercera copla de Jorge Manrique en *Coplas a la muerte de su padre*. Machado reflexiona aquí, junto al poeta medieval, sobre el paso del tiempo y la llegada final de la muerte.

en torno a Soria. –Soria es una barbacana,
 hacia Aragón, que tiene la torre castellana–.
 Veía el horizonte cerrado por colinas
 obscuras, coronadas de robles y de encinas;
 desnudos peñascales, algún humilde prado
 donde el merino pace y el toro, arrodillado
 sobre la hierba, rumia; las márgenes de río
 lucir sus verdes álamos al claro sol de estío,
 y, silenciosamente, lejanos pasajeros,
 ¡tan diminutos! –carros, jinetes y arrieros–
 cruzar el largo puente, y bajo las arcadas
 de piedra ensombrecerse las aguas plateadas
 del Duero.

El Duero cruza el corazón de roble
 de Iberia y de Castilla.
 ¡Oh, tierra triste y noble,
 la de los altos llanos y yermos y roquedas,
 de campos sin arados, regatos ni arboledas;
 decrepitas ciudades, caminos sin mesones,
 y atónitos palurdos sin danzas ni canciones
 que aún van, abandonando el mortecino hogar,
 como tus largos ríos, Castilla, hacia la mar!
 Castilla miserable, ayer dominadora,
 envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.
 ¿Espera, duerme o sueña? ¿La sangre derramada
 recuerda, cuando tuvo la fiebre de la espada?
 Todo se mueve, fluye, discurre, corre o gira;
 cambian la mar y el monte y el ojo que los mira.
 ¿Pasó? Sobre sus campos aún el fantasma yerta
 de un pueblo que ponía a Dios sobre la guerra.
 La madre en otro tiempo fecunda en capitanes,
 madrastra es hoy apenas de humildes ganapanes.
 Castilla no es aquella tan generosa un día,
 cuando Myo Cid Rodrigo el de Vivar volvía,
 ufano de su nueva fortuna, y su opulencia,
 a regalar a Alfonso los huertos de Valencia;¹¹⁷

117. Machado utiliza al Cid para idealizar, en estos versos, la imagen tradicional e histórica de Castilla y contraponerla, así, a la actual España que, recordemos, acababa de sufrir unos años antes de la escritura de este poema el desastre de 1898. Si el Cid recuperó Castilla y la liberó de los musulmanes, nos dice Machado, a finales del siglo XIX y principios del XX, España ha perdido buena parte de su territorio.

o que, tras la aventura que acreditó sus bríos,
pedía la conquista de los inmensos ríos
indianos a la corte, la madre de soldados,
guerreros y adalides que han de tornar, cargados
de plata y oro, a España, en regios galeones,
para la presa cuervos, para la lid leones.
Filósofos nutridos de sopa de convento
contemplan impasibles el amplio firmamento;
y si les llega en sueños, como un rumor distante,
clamor de mercaderes de muelles de Levante,
no acudirán siquiera a preguntar ¿qué pasa?
Y ya la guerra ha abierto las puertas de su casa.
Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus harapos desprecia cuanto ignora.
El sol va declinando. De la ciudad lejana
me llega un armonioso tañido de campana
–ya irán a su rosario las enlutadas viejas–.
De entre las peñas salen dos lindas comadreja;
me miran y se alejan, huyendo, y aparecen
de nuevo, ¡tan curiosas!... Los campos se obscurecen.
Hacia el camino blanco está el mesón abierto
al campo ensombrecido y al pedregal desierto.

(*Campos de Castilla*, 1907-1917;
extraído de *Obras completas I*, 2005, pp. 493-495)

Orillas del Duero

¡Primavera soriana, primavera
humilde, como el sueño de un bendito,
de un pobre caminante que durmiera
de cansancio en un páramo infinito!

¡Campillo amarillento,
como tosco sayal de campesina,
pradera de velludo polvoriento
donde pace la escuálida merina!

¡Aquellos diminutos pegujales
de tierra dura y fría,
donde apuntan centenos y trigales

que el pan moreno nos darán un día!

Y otra vez roca y roca, pedregales
desnudos y pelados serrijones,
la tierra de las águilas caudales,
malezas y jarales,
hierbas monteses, zarzas y cambrones.

¡Oh tierra ingrata y fuerte, tierra mía!
¡Castilla, tus decrepitas ciudades!
¡La agría melancolía
que puebla tus sombrías soledades!

¡Castilla varonil, adusta tierra,
Castilla del desdén contra la suerte,
Castilla del dolor y de la guerra,
tierra inmortal, Castilla de la muerte!

Era una tarde, cuando el campo huía
del sol, y en el asombro del planeta,
como un globo morado aparecía
la hermosa luna, amada del poeta.

En el cárdeno cielo violeta
alguna clara estrella fulguraba.
El aire ensombrecido
oreaba mis sienes, y acercaba
el murmullo del agua hasta mi oído.

Entre cerros de plomo y de ceniza
manchados de roídos encinares,
y entre calvas roquedas de caliza,
iba a embestir los ocho tajamares
del puente el padre río,
que surca de Castilla el yermo frío.

¡Oh Duero, tu agua corre
y correrá mientras las nieves blancas
de enero el sol de mayo
haga fluir por hoces y barrancas,
mientras tengan las sierras su turbante
de nieve y de tormenta.
y brille el olifante
del sol, tras de la nube cenicienta!...

¿Y el viejo romancero
fue el sueño de un juglar junto a tu orilla?

¿Acaso como tú y por siempre, Duero,
irá corriendo hacia la mar Castilla?

(*Campos de Castilla*, 1907-1917;
extraído de *Obras completas I*, 2005, pp. 498-500)

Campos de Soria (parte IV: «Soria fría, Soria pura...»)

¡Soria fría, Soria pura,
cabeza de Extremadura,
con su castillo guerrero
arruinado, sobre el Duero;
con sus murallas roídas
y sus casas denegridas!¹¹⁸

¡Muerta ciudad de señores
soldados o cazadores;
de portales con escudos
de cien linajes hidalgos,
y de famélicos galgos,
de galgos flacos y agudos,
que pululan
por las sórdidas callejas,
y a la medianoche ululan,
cuando graznan las cornejas!

¡Soria fría! La campana
de la Audiencia da la una.
Soria, ciudad castellana
¡tan bella! bajo la luna.

(*Campos de Castilla*, 1907-1917;
extraído de *Obras completas I*, 2005, pp. 514-515)

118. Lo medieval, aquí, funciona para dibujar una Soria que ha perdido el esplendor pasado pero que, pese a ello, no deja de ser, como reza el último verso, «¡tan bella! bajo la luna».

Desde mi rincón

Al libro *Castilla*, del maestro Azorín,
con motivos del mismo.

ELOGIOS

Con este libro de melancolía,
toda Castilla a mi rincón me llega;
Castilla la gentil y la bravía,
la parda y la manchega.
¡Castilla, España de los largos ríos
que el mar no ha visto y corre hacia los mares;
Castilla de los páramos sombríos,
Castilla de los negros encinares!
Labriegos transmarinos y pastores
trashumantes –arados y merinos–,
labriegos con talante de señores,
pastores de color de los caminos.
Castilla de grisientos peñascales,
pelados serrijones,
barbechos y trigales,
malezas y cambrones.
Castilla azafranada y polvorienta,
sin montes, de arreboles purpurinos,
Castilla visionaria y soñolienta
de llanuras, viñedos y molinos.
Castilla –hidalgos de semblante enjuto,
rudos jaques y orondos bodegueros–,
Castilla –trajinantes y arrieros
de ojos inquietos, de mirar astuto–,
mendigos rezadores,
y frailes pordioseros,
boteros, tejedores,
arcadores, perailles, chicarreros,
lechuzos y rufianes,
fulleros y truhanes,
caciques y tahúres y logreros.
¡Oh, venta de los montes! –Fuencebada,
Fonfría, Oncala, Manzanal, Robledo–.
¡Mesón de los caminos y posada

de Esquivias, Salas, Almazán, Olmedo!
La ciudad diminuta y la campana
de las monjas que tañe, cristalina...
¡Oh, dueña doñeguil tan de mañana
y amor de Juan Ruiz a doña Endrina!¹¹⁹
Las comadres –Gerarda y Celestina–.¹²⁰
Los amantes –Fernando y Dorotea–.¹²¹
¡Oh casa, oh huerto, oh sala silenciosa!
¡Oh divino vasar en donde posa
sus dulces ojos verdes Melibea!
¡Oh jardín de cipreses y rosales,
donde Calisto ensimismado piensa,
que tornan con las nubes inmortales
las mismas olas de la mar inmensa!
¡Y este hoy que mira a ayer; y este mañana
que nacerá tan viejo!
¡Y esta esperanza vana
de romper el encanto del espejo!
¡Y esta agua amarga de la fuente ignota!
¡Y este filtrar la gran hipocondría
de España siglo a siglo y gota a gota!
¡Y este alma de Azorín... y este alma mía
que está viendo pasar, bajo la frente,
de una España la inmensa galería,
cual pasa del ahogado en la agonía
todo su ayer, vertiginosamente!
Basta, Azorín, yo creo
en el alma sutil de tu Castilla,
y en esa maravilla
de tu hombre triste del balcón, que veo
siempre añorar, la mano en la mejilla.
Contra el gesto del persa, que azotaba
la mar con su cadena;
contra la flecha que el tahúr tiraba

119. Doña Endrina es un personaje del *Libro del buen amor* de Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita. En una sección del volumen, Juan Ruiz narra la relación amorosa de Don Melón y Doña Endrina, inspirándose en la comedia elegíaca del siglo XII, escrita en latín, *Pamphilus*.

120. Gerarda es una alcahueta de *La Dorotea*, de Lope de Vega. Celestina es uno de los personajes de la *Tragicomedia de Calixto y Melibea*. Ambas, comparten una similar profesión, de ahí que Machado las nombre en este verso.

121. Personajes de la primera parte de *El Quijote*.

al cielo, creo en la palabra buena.
Desde un pueblo que ayuna y se divierte,
ora y eructa, desde un pueblo impío
que juega al mus, de espaldas a la muerte,
creo en la libertad y en la esperanza,
y en una fe que nace
cuando se busca a Dios y no se alcanza,
y en el Dios que se lleva y que se hace.

Envío

¡Oh tú, Azorín, que de la mar de Ulises
viniste al ancho llano
en donde el gran Quijote, el buen Quijano,
soñó con Esplandianes y Amadis; ¹²²
buen Azorín, por adopción manchego,
que guardas tu alma ibera,
tu corazón de fuego
bajo el recio almidón de tu pechera
–un poco libertario
de cara a la doctrina,
¡admirable Azorín, el reaccionario
por asco de la greña jacobina!–
pero tranquilo, varonil –la espada
ceñida a la cintura
y con su santo rencor acicalada–,
sereno en el umbral de tu aventura–.
¡Oh tú, Azorín, escucha: España quiere
surgir, brotar, toda una España empieza!
¿Y ha de helarse en la España que se muere?
¿Ha de ahogarse en la España que bosteza?
Para salvar la nueva epifanía
hay que acudir, ya es hora,
con el hacha y el fuego al nuevo día.
Oye cantar los gallos de la aurora.

(*Campos de Castilla*, 1907-1917;
extraído de *Obras completas I*, 2005, pp. 591-593)

122. Personajes de los libros de caballerías. Esplandián es, además, hijo de Amadís, y protagonista de *Las sergas de Esplandián*, escrito por Garci Rodríguez de Montalvo en 1510. Este mismo autor recopiló los tres libros sobre Amadís en fechas similares y afirma haber escrito un cuarto. Los originales se remontan, probablemente, al siglo XIV. Son diversas las teorías sobre la autoría de los mismos.

Mis poetas

El primero es Gonzalo de Berceo llamado,
Gonzalo de Berceo, poeta y peregrino,
que yendo en romería acaeció en un prado,¹²³
y a quien los sabios pintan copiando un pergamino.

Trovó a Santo Domingo, trovó a Santa María,
y a San Millán, y a San Lorenzo y Santa Oria,¹²⁴
y dijo: Mi dictado non es de juglaría;¹²⁵
escrito lo tenemos; es verdadera historia.

Su verso es dulce y grave; monótonas hileras
de chopos invernales en donde nada brilla;
renglones como surcos en pardas sementeras,
y lejos, las montañas azules de Castilla.

Él nos cuenta el repaire del romeo cansado;
leyendo en santorales y libros de oración,
copiando historias viejas, nos dice su dictado,
mientras le sale afuera la luz del corazón.

(*Campos de Castilla*, 1907-1917;
extraído de *Obras completas I*, 2005, p. 600)

123. Se refiere a la introducción de los *Milagros de Nuestra Señora*: «Yo maestro Gonçalvo de Verceo nomnado, / yendo en romería caeçí en un prado, / verde e bien sençido, de flores bien poblado, / logar cobdiçiaduero para omne cansado».

124. Se refiere, respectivamente, a la *Vida de Santo Domingo de Silos*, a las obras sobre la Virgen María (*Loores de Nuestra Señora*, *Dielo que fizo la Virgen* y *Milagros de Nuestra Señora*), a la *Vida de San Millán*, a *El martirio de San Lorenzo* y, finalmente, al *Poema de Santa Oria*, todas ellas de Gonzalo de Berceo.

125. Intertextualidad con los famosos versos 5-8 del *Libro de Aleixandre*: «Mester traigo fermoso, non es de joglaría / mester es sin pecado, ca es de clerecía / fablar curso rimado por la cuaderna vía / a sílabas cuntadas, ca es grant maestría».